

que la figura de un doncel casi desnudo, suave la tez, blancas las carnes y amable y dulce el semblante con que pone su mirada en el *aguas* que le sirve de atributo. Un escultor, italiano acaso, francés probablemente, quiso representar con esto al Bautista rústico del Evangelio. Es la idealización de una realidad; el traslado, a una fórmula plástica, de lo más íntimo y sutil que la predicación del hijo de Zacarías entraña. Si lo toma por su cuenta un exclusivo realista, hubiera agotado los elementos de la tosquedad y selvatismo de aquel vagabundo que se alimentaba con yerbas y miel silvestre. Pero un realista sin concesiones al espíritu hubiese dado aquí el tipo del hombre fiero, de una especie de pitecantropo, más apto para caminar por las ramas de los árboles y por el borde de los abismos, que para servir de heraldo a la palabra de Dios.

El punto en que lo fieramente real y lo divinamente ideal se funden en un perfecto acorde de expresión, es el arte español. Juní, Berruguete, Fernández, Montañés... ¿Salzillo no? Eso dicen; pero ¿os ofenderé haciéndolos evocar la salida del Evangelista a las calles de Murcia en la mañana de Viernes Santo?

Ese que vemos pasar a la luz doliente del amanecer de primavera es el garzón predilecto de Jesús, el tierno muchacho que se reclina sobre su pecho en el Cenáculo, y se adormece, como se adormecerá después el alto poeta lírico:

*dejando su cuidado  
entre las azucenas olvidado.*

Pero ni la evocación de la adolescencia, ni la predilección paternal del Maestro, ni la suavidad de las azucenas, desvían al artista de la justa interpretación. Juan es también aquel pescador fornido, Hijo del Trueno, como su hermano Santiago, que será elegido para servir de apoyo a la Madre Doliente cuando se consume el sacrificio del Calvario. Será el mártir esforzado que sobrevive a daños y persecuciones con asombrosa longe-

